

EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

ANASTASIO ALFARO

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

VISIÓN DE NICOYA
ANTES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA



Número XII

J. GARCÍA MONGE, EDITOR
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

1923

El motivo de este libro

Por invitación de la señorita Directora en una escuela superior de niñas, tuve el placer de dirigir la palabra a varios grados reunidos, refiriéndome a las costumbres indígenas tal como las apreciaron los primeros conquistadores españoles: el carácter del auditorio requería cierta hilación anecdótica que despertara el interés de aquellas cabecitas infantiles; a pesar de mi temperamento de investigación descarnada de toda forma literaria, noté con sorpresa, desde el principio, que la narración despertaba un interés creciente, y las contestaciones dadas por las alumnas me indicaron el camino que debía seguir para llenar el objeto propuesto.

Aquella exposición era en realidad un trabajo colectivo, en que yo suministraba la materia prima y mis buenas amiguitas iban tejiendo

a su gusto la urdimbre narrativa. Terminada la hora de clase sin haber llegado al final, me suplicaron que siguiera, con tal insistencia, que rehusaban salir del aula durante su recreo reglamentario: altamente agradecido con esa manifestación, terminamos el relato y me despedí de ellas, prometiéndoles que daría más tarde forma literaria al trabajo para que lo conservaran como un recuerdo del rato agradable que mutuamente nos habíamos proporcionado.

Después tuve la satisfacción de publicar por capítulos alternos, en dos diarios de esta capital, la narración completa para llenar el viejo ofrecimiento; y finalmente, algunos profesores y maestros han brindado su apoyo material, a fin de que este libro ruede por las escuelas, despertando el interés de los educandos hacia el estudio de la historia precolombina de nuestro territorio. Si este objeto primordial se consigue, quedaré completamente satisfecho y siempre habré de agradecer, a quienes han puesto aquí su granito de arena, la buena voluntad con que procuran levantar el santuario de la literatura nacional.

El procedimiento seguido en la formación de este libro tiene la desventaja de matar el ali-

INTRODUCCIÓN

ciente de novedad, tan útil para la venta de centenares de publicaciones, cuya lectura deja apenas la impresión de una brisa pasajera. Por otro lado, los pocos libros que se coloquen, previamente conocidos, llevarán al autor la honda satisfacción de que su trabajo merece aprecio verdadero, tras el cual corremos en la vida, por constituir el mayor estímulo de todos los esfuerzos humanos.

Hemos procurado ceñirnos a la verdad histórica, hasta donde es posible, teniendo también presente la realidad de los paisajes, cuyas fotografías hicimos en viajes repetidos para dar vida positiva al DELFÍN DE CORUBICÍ. Sin embargo, la pretensión no llega hasta pensar en una obra perfecta, sobre todo, tratándose de esta forma literaria que jamás hemos cultivado. Si la acogida resulta favorable, podrá tal vez publicarse en años venideros una edición ilustrada; en todo caso, conservaremos la satisfacción de haber puesto al servicio de la cultura patria nuestra buena voluntad.

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

VISION DE NICOYA
ANTES DE LA
CONQUISTA
ESPAÑOLA

Fernando y Fernanda
Mano y 

I

EL Cangrejo era un indio entrado en años, ancho de espaldas, que se había quebrado en sus mocedades el brazo izquierdo y la pierna derecha; mas a pesar del balanceo y raras contorsiones, se movía con rapidez lo mismo en el agua que sobre las rocas de la costa; él mismo no sabía si había nacido en México o en otro cualesquiera de los pueblos centroamericanos, pues había vivido en muchos de ellos y conocía los dialectos indios con tanta perfección como la lengua chorotega. Esa vida de aventurero lo tenía dotado de facilidades para ganarse el cariño de cuantos lo trataban, por los muchos conocimientos adquiridos y por cierta habilidad para adaptarse a todas las situaciones; relataba cuentos fantásticos a los niños, sabía canciones picarescas para que lo

rodeasen los adolescentes, departía con las mujeres, elogiando sus modales y apariencia personal, y trataba los asuntos de fondo con los ancianos, tocando siempre con maestría la cuerda del caso, sin que le reprochasen jamás el menor desentono!

Durante los últimos años servía al Cacique de Corubicí, logrando atraerse el afecto de toda la tribu como si fuese un abuelo inteligente. Su puesto de tercer marinero en la banda izquierda del bongo le permitía descansar a ratos y aprovechaba la rapidez con que las aguas del río hacían deslizar la embarcación hacia abajo para entretener a sus compañeros con alguna narración que les permitiera remar descansadamente.

El capitán y jefe de la canoa era un joven esbelto, bien formado, de pelo recortado hasta los hombros, que lucía valioso collar de concha y piedras verdes, con un lagarto de oro al centro, insignia de su padre el Cacique de Corubicí; en el brazo izquierdo, con que sujetaba el timón de la barca, tenía el tatuaje de un tigre. Se había acostumbrado a oír las narraciones del Cangrejo con verdadero interés, aunque fuesen repetición de charlas anteriores tan

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

frecuentes en los cuentistas de edad avanzada; por otra parte, ese hombre iba de remero suplente y no debía exigirle el trabajo de los profesionales; así, sin gesto alguno de desaprobación, mantenía la vista fija en la corriente del río y el oído atento a cuanto se decía, como si al timonel le estuviese prohibido distraer su atención del gobierno que tenía a su cargo.

—«Hace muchos años, dijo el Cangrejo, se desató un temporal en toda la provincia, que duró de luna a luna, inundando las llanuras sin que se viese siquiera la copa de los árboles; parecía que el mar invadiera la tierra hasta el pie de esos cerros de roca blanca que vemos al norte y al sur del río Zapandi. Algunos pescadores que tenían sus chozas en la bajura fueron arrastrados por las cabezas de agua, sin que se volviera a saber de sus familias; los venados y demás animales del campo huían aterrorizados hasta la cumbre de los montes, dejándose coger, en su aturdimiento, cerca de las poblaciones. Grandes árboles caían derribados por la lluvia torrencial y eran arrastrados por la creciente del río, rompiéndoles sus raíces y ramas de tal modo que sólo quedaba entero el tronco; este

gran bongo es uno de ellos; la corriente lo llevó hasta la falda de la colina, frente a la vivienda de mi señor el Cacique, quien lo transformó con su gente, al cabo de muchos meses de trabajo, en la preciosa embarcación que ahora nos lleva hacia el mar.

»En Carara, a orillas del río de los güetares, se encuentran árboles cuyos troncos quedaron aterrados por las arenas del río, como si las ramas nacieran directamente del suelo. Durante los grandes temporales de octubre se forman lagunas en todas partes; las aves acuáticas acuden en bandadas desde lejos para recoger los animales pequeños que sobrenadan en la superficie de las aguas. Por las noches se oyen gritar las zarcetas que acuden al festín, el rugido de las fieras que huyen despavoridas y los gritos lastimeros de los monos cuyos árboles quedan rodeados por la inundación, y ellos sin escape posible: es la lucha eterna de la vida, que para todos tiene sus días de felicidad y de congojas.

»Durante esas grandes avenidas suben por el río peces enormes, hasta ballenatos han llegado a vararse en Bolsón; después que descienden las aguas gran cantidad de peces perecen en los charcos, los mosquitos se propagan en nu-

bes y las fiebres se desarrollan en las poblaciones bajas de suelo pantanoso.

»Esas inundaciones, sin embargo, fertilizan los campos de cultivo, dejan leñas abundantes a la orilla del río, que de otro modo nos costaría recoger; ellas transportan las semillas de los árboles, destruyen las serpientes y refrescan la tierra, madre cariñosa de los animales y las plantas.

»Los lavados y derrumbamientos que causan las lluvias han puesto al descubierto vetas de cobre nativo que los joyeros aprovechan, dejan las arenas convertidas en lavaderos de oro, muestran el curiol, las tierras de variados colores, las piedras valiosas y las arcillas con que fabrican la loza más preciada en toda esta región; por eso he conservado desde joven esta ranita de jade, símbolo de la lluvia, que me da de comer donde quiera que esté y me salva del agua cuando las fuerzas me faltan para nadar».

El sol picaba fuerte, y los remeros echaron mano a sus calabazas de agua para indicarle al Cangrejo que, efectivamente, sin agua no podrían vivir. Por un momento se recogieron los

remos, uno de los marineros ofreció un guacal con agua al timonel y todos bebieron después para reponer el sudor copioso del ejercicio matinal.

En ese momento pasaba sobre ellos una pareja de guacamayas de rojo plumaje, que saludaban a los viajeros con gritos acompasados. Los bajos del río comenzaban a asomar debido a la vaciante y sobre ellos estaban tendidos algunos cocodrilos, que recibían de lleno los rayos del sol; uno de ellos abrió el hocico, con un movimiento lento dió media vuelta y se metió al agua, los otros siguieron su ejemplo, dejando el banco completamente desierto.

—Van a buscar su desayuno, dijo el jefe del bongo, si ustedes quieren hacer lo mismo, pueden tomarlo de la canasta de proa.

No se hicieron repetir la indicación los marineros, cogieron una pierna de zahíno asado a la llama, que estaba todavía caliente, y partiéndola a tronchos, comenzaron a devorar con tal apetito como si nunca hubiesen comido carne tan bien preparada. Algunas frutas completaron el almuerzo y poco rato después continuó la marcha de la embarcación con la rapidez de las primeras horas, empujada por la corriente

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

del río y por el golpe uniforme de los seis remos movidos a compás.

Luego alcanzaron un bote pequeño manejado por dos muchachas y su madre; las primeras bajaron la vista mirando de soslayo, pero la vieja dijo a los del bongo: «Llevo chicheme fresco», y les mostró una calabaza protegida por red de cuerdas delgadas, preciosamente tejida; los marineros detuvieron la marcha para saborear su bebida favorita; el capitán dió a la vendedora algunos granos de cacao y siguió la marcha a todo remo. Habían llegado a la boca del río y debían aprovechar el resto de la vaciante para arribar a las playas de Chira; se hizo rumbo hacia la isla, saliendo de las aguas turbias del río para entrar de lleno en el Golfo de Nicoya.

II

DESDE temprano de la mañana había un movimiento inusitado en la isla de Chira: la gente acudía a las playas en espera de algo extraño al diario trajín. Las mozas se habían peinado y lucían refajos nuevos o aplanchados con caracoles calientes. Un marinero alto, a quien llamaban Carao, llevaba el pelo recogido sobre la coronilla a manera de hisopo; al preguntarle «¿cuándo vienen?», señalaba con la mano hacia el cenit, indicando: «al medio día». En el rancho más cercano al embarcadero tenían grandes madejas de hilo, una red con telas a medio tejer y muchas provisiones listas; tres mujeres se ocupaban en moler tortillas, que asaban sobre comales de barro puestos al fuego.

—Es una locura de esos muchachos, decía

una de ellas, echarse al mar en una canoa, sólo al Cacique de Corubicí se le ocurre permitir semejante aventura.

—Dicen que el bongo del Cacique es una gran embarcación y que el Delfín es todo un lobo marino, dijo otra de las mujeres.

—Será un coyote ribereño, replicó la tercera, pero lleva a Carao, mi hermano, quien conoce la costa palmo a palmo y puede luchar con los tiburones en el fondo del mar.

Un pescado fresco chirriaba en las brasas.

—¡Se quema el robalol!, exclamó una de las moledoras.

—¡Así te quemen las costillas!, replicó la vieja que estaba junto al fogón, que para cuidarlo estoy aquí.

Entre charla y bromas se alistaba bastimento para la llegada del bongo; los muchachos impacientes no se quitaban de la playa y el grupo de curiosos aumentaba cada vez más. Creían los indios de Chira que el movimiento naviero y el comercio les pertenecía por derecho divino y no podían ver sin recelos que el Cacique de Corubicí armase una expedición para salir del Golfo, cuando por el camino de tierra, podía su gente atravesar la península de Nicoya y teñir en la

costa del Pacífico el hilo morado para sus telares, como lo habían hecho otros años.

Después de medio día los caracoles del resguardo dieron aviso de que un barco extraño estaba a la vista: efectivamente, en la extremidad nordeste de la isla apareció una vela que a todo trapo venía con rumbo a la rada de Chira.

—Es el Delfín, dijo Carao, su forma angosta y larga le permite cortar las aguas rápidamente.

Las noticias que se tenían en Chira del hijo del Cacique de Corubicí, a quien llamaban el Delfín, exageraban su apariencia personal, condiciones afables, destreza en el manejo de las armas, riqueza que se atribuía a su pueblo por lo muy laborioso que era; creían que un bongo fabricado y aderezado por los corubicíes no podía llevar otro nombre que el del propio Delfín.

Aquel pueblo, sin embargo, nunca aspiró a extender sus dominios, pues vivía contento con los productos del suelo, la pesca fluvial y la industria de tejidos, de variados colores, que gozaban de fama merecida en toda la región; pero las gentes de Chira, siempre celosas de sus vecinos, temían que los corubicíes les disputasen también el dominio del Golfo, aunque los más

viejos siempre pensaron en tenerlos como aliados, para controlar por tierra a los nicoyanos, más numerosos y pugnaces. Por eso recibieron cordialmente al Delfín y lo agasajaron, disimulando la envidia que tenían a su hermosa embarcación.

El Cacique de Chira salió al recibimiento y en honor al Delfín se celebraron juegos de pelota, revista militar, tiro al blanco, músicas y baile. Algunas ventas establecidas alrededor de la plaza, frente a la vivienda del Cacique, ofrecían chicha de maíz, vino de coyol y atolillo servido en guacales, con jocotes sancochados en miel de abejas.

Un indio se presentó en la plaza con un cuero fresco de iguana y lo extendió sobre un tronco enorme que estaban transformando en bongo.

—Me han afirmado, dijo el Cacique, que el Delfín es gran tirador de flecha: vamos a tirar sobre ese cuero, pero sin dañarlo, porque los músicos lo quieren para hacer un tambor nuevo.

Para indicarle al Delfín que la flecha era un poco dura, tendió el arco y clavó el primer dardo en el hocico de la iguana. La hija del Cacique, buena moza que estaba a su lado, pidió

el arco a su padre y tirando una flecha la clavó en una mano de la iguana, cerca de los dedos.

—Gran casualidad, dijo el Cacique, sin disimular el orgullo que sentía por la habilidad de la muchacha.

—A veces se repiten las casualidades, dijo la joven india, y clavó otro dardo en una de las patas posteriores del cuero. Volvió a sonreír el vlejto y pasó el arco al Delfín: el joven corublicí tendió la flecha, que fué a clavarse con fuerza en la otra mano del cuero extendido, cerca de los dedos, y sin dar tiempo a un elogio, clavó el quinto dardo en la pata restante.

—Muy bien, dijo el Cacique, tendiendo el arco y clavando la última flecha al extremo de la cola, con lo cual quedó el cuero perfectamente estacado, pues un asistente había cortado ya los verolices de los dardos.

A los chiquillos se les salían los ojos de admiración, los guerreros se frotaban las manos, con deseos de ensayar también ellos; pero no se atrevieron a faltar al respeto debido a los caudillos ni a romper la disciplina militar. Un anciano, sacerdote y curandero, murmuró:

—También yo, hace treinta años, podía tirar así; el dominio del Golfo no se perderá porque

nosotros descansemos algún día eternamente.

Pasados los festejos de la tarde, se instó al Delfín para que pernoctase en la isla; pero éste presentó excusas diciendo que tenía aviso dado a la isla de Chara, donde lo esperaban esa misma tarde. Se despidió del Cacique y demás amigos de Chira; dejó en tierra uno de sus marineros para que sirviese de correo, y se embarcó de nuevo, llevando a Carao, que además de ser remero escogido, conocía la costa de la península mejor que el resto de la tripulación. La tarde estaba en calma, no valía la pena de armar la vela, pero siguiendo la corriente de salida en el Golfo podían llegar remando hasta la costa de Chara.

Tan luego como salieron de la rada, le entregó Carao un pergamino al Delfín, que decía: «El Cacique de Chira verá con agrado cualquier auxilio que se preste al Delfín de Corubicí, y la desatención que se le haga la considerará como una ofensa a su personal autoridad»

—Ese pasaporte, dijo Carao, se ha comunicado por correo de tierra a todos los Caciques de la Península.

El Delfín guardó con cariño aquel autógrafo, y ordenó a Cangrejo que tomase el timón, para

contemplar con verdadero deleite los celajes de la tarde: a medida que el sol declinaba, iba aumentando de tamaño y se teñía de rojo oscuro, las nubes cambiaban de matices a cada momento, las colinas se esmaltaban con un tinte violeta, la estela del barco parecía una cabellera iridiscente, y todas las islas de ese Golfo encantador se reclinaron sobre el lecho de esmeralda, para que la noche extendiera sobre ellas su manto de estrellas relucientes.

III

LA noticia de que el Delfín pernoctaría en la isla de Chara, puso en movimiento a todos sus pobladores: los músicos afinaban sus instrumentos, en que había ocarinas de barro, largos pitos de caña hueca, pífanos, tambores de madera, forrados con piel de iguana; el juque, consistente en una calabaza redonda, tapada con piel, en cuyo centro entraba y salía una varilla encerada, dando las notas del bajo profundo; algunas piedrecitas contenidas en un tubo grueso de bambú, hacían de cencerro; la chirimía típica, semejante a un pequeño clarinete; el quijongo, especie de arco templado, con una jícara al centro; todo venía a formar un variado *jazz-band*, orquesta característica de los pueblos primitivos.

Los danzantes, hombres y mujeres, alistaron

sus plumajes de abigarrados colores, cántaros de chicha, bizcochos y tamales. En todos los ranchos había un fogón encendido a llama viva, pescado fresco, carne asada en las brasas; nadie se mostraba inactivo. Sobre la loma del norte de la isla se preparó una hoguera que servía de faro al timonel del bongo.

—Es necesario, decía el Chiricano, que las muchachas se muestren complacientes con los corubicíes; nada de remilgos, cuando vayamos a la Feria del río Dirιά nos pagarán ellos con creces las atenciones que ahora les dispensemos.

Comenzaba a rayar la luna sobre el cerro de Turrubares cuando se oyeron en la rada de Chara los golpes uniformes de los canaletes y el canto de los marineros, que saludaban a la diosa de cabellos rubios. Los músicos bajaron a la playa con hachones encendidos y el bullicio se hizo extensivo a toda la muchedumbre.

—¡Viva el Delfín de Corubicí!, gritaban todos a la vez, mientras los marinos de proa echaban el ancla, consistente en una gran piedra atada al bongo con grueso mecate de cabuya.

La rada de Chara es una preciosa herradura; todos los ranchos estaban iluminados; al fondo

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

se destacaba la luna transformando en seda la paja de las viviendas y en un espejo las aguas tranquilas del Golfo; algunas velas de cera, encendidas, corrían por la ladera, seme- jando cocuyos luminosos en la época de sus amores.

Se dispuso que Carao y dos marineros más cuidasen del bongo durante las primeras horas, y que luego fueran relevados por otros tres, a fin de que todos tuviesen su rato de jolgorio en el alto de la colina, debiendo dormir la tri- pulación completa a bordo, para salir con las claras del día.

El acompañamiento se encaminó con los huéspedes a la plazoleta del alto, donde estaba listo el patio de baile, iluminado con una ho- guera al centro, que daba luces de contraste so- bre los cuerpos de los danzantes, y aparecían és- tos de frente como estatuas animadas de bronce, bañadas en la espalda con los tonos suaves de la luna en todo su esplendor. La claridad de la noche era tan diáfana que podían apreciarse hasta los menores detalles de los trajes: las in- dias vestían mantas de colores, arrolladas de la cintura a las rodillas, un poco más largas en las mujeres casadas; una banda angosta de

algodón sujetaba la falda, sin costura, sobre las caderas. Todas iban peinadas de dos trenzas, atadas con largas cintas de colores o con cintillos al rededor de la cabeza, de los cuales pendían ramos de flores perfumadas. Los collares eran de caracolitos blancos, ovalados, lustrosos, que a la luz de la hoguera semejaban un derroche de perlas.

Algunos indios usaban narigueras, bezotes dorados, collares hechos de colmillos de tigre, de lagarto, de coyote o de mono, según la destreza del cazador. Pudiera decirse que no quedó adorno personal que no saliese a relucir aquella noche.

Los danzantes, cogidos de las manos, giraban en círculo al rededor de la hoguera; a intervalos cesaba la música y se cantaba o recitaban coplas más o menos intencionadas. Cuando Carao entró a la cancha, venía del baño de mar; su cuerpo alto, reluciente, se destacaba de la multitud por su peinado recogido sobre la coronilla: la orquesta se detuvo y una de las muchachas cantó con voz de tiple lírica:

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

Son los marinos
malas avispas,
alzan el vuelo
después que pican;
mas nuestros ojos,
cuando los miran,
dejan sus alas
hechas ceniza.

—A ti te toca, dijo el Delfín dirigiéndose al
remero de Chira.

Carao se quedó pensativo por un instante;
pero antes de que la música continuara, se
expresó con voz de barítono:

La mujer guarda,
cual madreperla,
tesoro amable
que todos sueñan;
hasta en el fondo
del mar, con ellas,
siente el marino
la dicha eterna.

Cada copla era celebrada con risas y aplausos,
y la danza seguía, cambiándose las parejas.
Los espectadores fumaban largos puros de ta-
baco, atados con hebras de cabuya; otros comían
y bebían a la medida de su gusto; solamente

el Delfín parecía preocupado por una idea fija, cual si buscara algo que no estaba entre aquella gente frívola; sin embargo, para todos tenía una frase de cariño y gratitud.

Hasta media noche se mantuvo el bullicio y la animación del baile. Las personas mayores se retiraban a sus viviendas, a medida que el sueño y el cansancio las rendía. Algunos indios pasados de bebida tarareaban trozos de canciones; las mujeres hacían esfuerzos por llevarlos a descansar, sin conseguirlo. Cuando los últimos marineros regresaron al bongo, encontraron al Cangrejo y sus compañeros profundamente dormidos. Las hogueras y las luces se extinguieron poco a poco, solamente la luna brillaba en alto, iluminando los techos y los despojos de aquel festín convertido en cementerio, para poner de relieve lo fugaz y transitorio de las dichas humanas.

No fué posible despedirse de nadie; al rayar el alba hasta la luna dormía encapotada. Las aves marinas comenzaban a graznar sobre las rocas, las urracas saltaban sobre los árboles y techos de paja como si trataran de despertar a los pobladores de la isla, con gritos repetidos. Solamente el Chiricano, marinero corrido a

todo vuelo, llegó a bordo en solicitud de enganche, pues deseaba conocer la parte occidental de la costa, donde era fama que había muchas perlas y tortugas de carey, pesquería que podía él aprovechar más adelante, por ser buzo de cabeza. El Delfín lo incluyó en su lista de tripulantes e hizo levantar el ancla, saliendo de la rada por la parte del norte, para seguir la corriente del Golfo hacia la isla de Pocosi, a donde debían llegar en la mañana para tomar el desayuno.

La costa del norte se presenta como cortada a pico; algunos alcatraces levantaban el cuello espionando el movimiento de la barca, que iba deslizándose serena al lado de la roca; las gaviotas comenzaban a desperezarse, como si la zarabanda de la noche anterior las hubiera desvelado durante las primeras horas. Al salir el sol ya el bongo había virado al sureste, dejando de lado las rocas estratificadas de la isla. La mañana era verdaderamente deliciosa: una brisa suave hacía funcionar la vela, para que los marineros terminaran reclinados el sueño interrumpido de la madrugada.

Los pelícanos aprovecharon el alejamiento de la embarcación para tomar su baño matinal.

Algunos peces saltaban a trechos sobre la superficie del agua, perseguidos seguramente por otros mayores; los bufeos asomaban, de cuando en cuando, sus lomos redondos; todo revelaba el despertar de la Naturaleza, que rehace sus fuerzas vitales al contacto del calor solar.

El Delfín se había hecho cargo del timón y Cangrejo cuidaba la vela; para el resto de los tripulantes valía más el sueño que los atractivos del paisaje. Entre tanto, el bongo cortaba las olas de frente, con un movimiento gracioso de proa chapoteando el agua como potro de raza que galopa en la pampa. Bandadas de peces voladores se levantaban en todas direcciones; las tortugas, en parejas, asomaban sus carapachos y volvían a zambullirse, disfrutando en ambos casos de las delicias del mar y de los beneficios del aire.

Al pasar la piragua por el islote de Guayabo, arriaron la vela y tronó la bocina: había en aquel peñón solitario gran cantidad de caracoles de púrpura, y bien podía hacerse el primer ensayo, ya que la vaciante permitía el desembarque en la pequeña playa del islote. El Chiricano se despertó azorado restregándose los

ojos; soñaba que había pescado en ese instante una gran perla de color negro ceniciento y que se le escapaba de las manos. Los demás marineros echaron el ancla y con el agua a los muslos salieron a la playa, dejando la embarcación a flote, para que el resto de la vaciante no la varase por completo.

Había pegados a las rocas que bañan las olas, muchos caracoles en forma de cucharas, de color gris ligeramente morado, que al separarlos de la peña con un cuchillo de madera, secretan un líquido verdoso. Cangrejo distribuyó guacales blancos, bien raspados y limpios, en los cuales colocó las madejas de hilo, para que cada uno de los tripulantes aprovecharse el tiempo recogiendo la tinta que iban a utilizar. Cada guacal necesitaba cincuenta caracoles, por lo menos, para remojar las madejas de algodón; luego dejaban los cascos sobre la roca, a fin de que las olas suministraran a los moluscos replegados en ellos nuevas condiciones de vida.

Poco tiempo gastaron en este trabajo, porque el material se agotó, debido a la estrechez del islote, donde aparte de la púrpura explotada ya, sólo quedaba una colonia numerosa de can-

grejos que poco interés podía inspirarles. Volvieron a bordo y siguieron a la isla de Pocosi. Las madejas de algodón absorbieron por completo el líquido tintóreo y, a medida que iban secándose tendidas al sol, tomaban un bellissimo color morado permanente.

La vela reemplazó luego al esfuerzo de los remeros y todos pudieron tomar su frugal desayuno, para lo cual el bongo estaba debidamente provisto.

Al acercarse a la isla de Pocosi, era ya pasado medio día; el Chiricano invitó a sus compañeros para que tomasen un baño de mar sobre el banco de concha perla que él conocía de antemano. Sin esperar la aceptación, se tiró al agua formando un arco con los brazos sobre la cabeza y desapareció bajo la marejada. Arriaron inmediatamente la vela y echaron el ancla; el bongo giró de lado, dando media vuelta y quedó balanceándose con la popa hacia la costa. Carao se tiró por la proa y siguiendo la cuerda del ancla, fué a parar al fondo; dos minutos después apareció con una concha perla en los dientes.

—Traigo la muestra, dijo, porque el ancla cayó directamente sobre uno de los bancos más grandes que he visto en treinta años.

Casi al mismo tiempo apareció el Chiricano, a cierta distancia, pero con las manos vacías, haciendo señas de que nada había encontrado en aquel paraje. Los que podían bucear se tiraban por turnos; con pequeñas redes atadas a una cuerda sujeta a la borda, seguían la línea del ancla y después de llenar la red, salían para recoger su presa, tirando de la cuerda; una vez vaciadas las conchas en el bongo, otro hacía lo mismo. Así continuó la pesca hasta que recogieron todos los ejemplares más hermosos que había en aquel banco. Estas eran extras de la expedición para Cangrejo, que abría las conchas registrándolas detenidamente, y hacía el aparto de moluscos para aumentar las provisiones. Todos estaban de acuerdo en que el botín pertenecía al dueño de la barca y por eso dejaban que los allegados al Delfín hiciesen el registro de perlas; pero sí se preocuparon del arribo y desembarque a Pocosí, pues se veían unos pocos ranchos habitados, donde podían beber y comer algo diferente de lo que tenían a bordo. Recogieron grandes caracoles de color rosado por dentro, del tamaño de una cabeza humana, muchos de ellos suministraban un molusco capaz de satisfacer el hambre al

indio más comilón; además, gran cantidad de almejas, grandes y pequeñas, en la playa, y frutas de que se aprovecharon los marinos a trueque de granos de cacao, moneda corriente, con la cual se conseguía hasta el amor barato de las indias echadas al arroyo.

Cuando todos se entretenían visitando los ranchos, se acercó Cangrejo al Jefe y mostrándole dos grandes perlas preciosas, le dijo:

—Las he ocultado al encontrarlas porque no le tengo confianza al Chiricano; sus ojos extraviados indican mal fondo moral y por otro lado, nadie lo conoce a bordo.

—Ya lo sabía, contestó el Delfín, mirando a su confidente con dulzura.

Durante la tarde se ocuparon en observar los detalles de la isla, que tenía cerca agua dulce, una vegetación exuberante y lugares a propósito para carenar embarcaciones de gran calado, por lo cual se le consideraba como la llave del Golfo, especialmente para los veleros del sur, que traficaban con los pueblos de la península por el camino de tierra que va a Canjel.

Cuando se enteraron en Pocosí de que el Delfín pretendía pernoctar en Corú, trataron de disuadirlo, comunicándole que había allí

una banda de apaches, cuyas depredaciones tenían aterrorizados a los pobladores de la costa; que hacía dos noches habían robado en Pocosí todo lo que encontraron, salvándose los que así hablaban mediante la fuga, pues los ladrones parecían extranjeros por su lenguaje y no debían conocer el bosque de la isla. Los marineros comprendieron en la sonrisa del Delfín que su decisión se afirmaba cada vez más con el relato. Al Chiricano le brillaban los ojos con destellos de felino que ve acercarse el momento de su presa; Carao lo miraba con los brazos cruzados, sin darse cuenta de semejante perfidia.

—Vamos a salir antes de que cierre la tarde, dijo el Delfín, porque no hay luna en las primeras horas y debemos pasar el canal angosto con luz de día; la luna de la media noche protegerá nuestra arribada a Corú.

Sin tropiezo alguno siguieron la costa peninsular, pasando estrechos y canales, entre islotes solitarios, donde las aves marinas anidan por miles. Al salir la luna comenzó a distinguirse la ensenada de Corú: a medida que se acercaban aparecían los ranchos, apagados los fuegos, como si toda la población hubiese emi-

grado el día anterior. Solamente en una choza aparte del pueblo, se veía una luz azulada.

Tan luego como echaron el ancla, desapareció el Chiricano, pero Carao lo siguió con la vista hasta que lo vió entrar al rancho de luz azulada.

—Vente conmigo—dijo Carao al Cangrejo,—vamos a seguir ese buho de mal agüero.

Ambos se deslizaron sigilosamente. Cangrejo se ocultó en las gambas de un chilamate y Carao siguió, hasta muy cerca de la empalizada. Al rededor de un candil, alimentado con aceite de coco, se movían cuatro sombras funestas; una bruja de pelo desgrefiado, medio vestida con una manta que no procedía de telares nicoyanos, estaba acurrucada cerca de los tinamastes. El Chiricano decía a los otros apaches:

—El Delfín es una buena presa, ustedes tomarán pasaje en su barca y la encallamos en los arrecifes de Cabo Blanco, mientras duerme el resto de la tripulación, pues los corubicies son muy confiados y al único que debemos vigilar es al remero de Chira, de quien sospecho que pudiera ser un guarda-costas, tan astuto como arrojado.

Carao no se pudo contener, avanzó hasta el

interior de la pocilga y le contestó al Chiricano:

—Tienes razón, camarada, pero aunque te sigo la pista desde la isla de Chara, no sospeché siquiera que fueses traidor al Delfín, quien nos trata como hermanos.

Al verse sorprendidos, echaron mano a sus armas, acometiendo a Carao hasta dejarlo tendido en tierra.

—Hay que quemarle los ojos, decía la bruja, avivando los tizones medio apagados del fogón.

—No, dijo el Chiricano, debemos atarlo a un árbol y cuando recobre el conocimiento llamará a la tripulación que vendrá en su busca; entre tanto tomaremos su piragua y saldremos con todas sus riquezas siguiendo la costa del sur, donde seguramente hallaremos a nuestros compañeros.

En eso estaban cuando entró un buho al rancho, con los cuernos crispados, gritando fuertemente: ¡olopopol!, ¡olopopol! La bruja salió azorada y gritó a los apaches:

—¡Estamos descubiertos!

La luz de la luna dibujaba sobre el perfil de la playa ocho siluetas que corrían en dirección al rancho. Silbó una flecha por el aire y todos

los marineros se echaron a tierra, deslizándose como chirbalas. Uno de los apaches que acababa de atar a Carao contra el árbol, quiso ultimarle, pero al levantar su maza de piedra, el Delfín le clavó una flecha en la garganta, que lo tendió de espaldas. Todos los apaches, inclusive la bruja, sintieron que la boa cornibici ligaba sus piernas de abajo a arriba, hasta enrollarse en las gargantas, bajo la obscuridad de las sombras, porque el buho había apagado el candil con su vuelo precipitado y la sombra de los árboles se proyectaba directamente sobre el rancho en que pretendieron resguardarse.

—Si estamos listos, dijo el Delfín con voz serena, lleven esos desgraciados a bordo y mañana veremos lo que debe hacerse con ellos.

IV

DURANTE la segunda mitad de la noche se mantuvo una vigilancia rigurosa a bordo: atados los prisioneros de pies a cabeza, como momias egipcias, no podían moverse; ellos mismos no se imaginaban cómo fueron ligados tan rápidamente, y lo atribuían a maleficio de los corubicés, pues ignoraban que eran gente acostumbrada a coger venados y cerdos silvestres; grandes corredores, tan ágiles y diestros en tierra, que jugaban con los animales salvajes; lo mismo subían a los árboles en busca de colmenas, que se deslizaban bajo las ramazones. Por otra parte, manejan con habilidad las cuerdas enceradas, que apretaban como si fuesen alambre de acero.

La salida brusca de tres marineros había puesto al resto de la tripulación sobre las armas,

así fué cómo, al regresar Cangrejo con la noticia de que el remero de Chira estaba en poder de los apaches, todos corrieron con la rapidez de una guardia bien disciplinada que espera el asalto.

Al amanecer, el Delfín examinó los cuerpos tendidos de los cinco prisioneros: a Carao le habían hecho las primeras curas durante la noche, y dormía tranquilo en su propia camilla. El apache que recibió un flechazo en la garganta fué el mismo Chiricano, y se había desangrado tanto que estaba agonizando: no fué posible contenerle la hemorragia, y antes de que saliese el sol murió sin poder hablar. La bruja y dos de los prisioneros murmuraban un dialecto incomprensible; mas por sus gestos parecía que se echasen la culpa unos a otros. El quinto era un joven menor de veinte años, que no usaba los dientes incisivos afilados en punta como los demás apaches.

—Debe ser un indio de la Sierra, dijo Cangrejo.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

Al oír el prisionero que le interrogaban en la lengua materna, abrió sus grandes ojos y contestó:—Me llamo Copey, hace dos años que

estoy cautivo de la banda de piratas conocida en el sur con el nombre de la «Lechuza Negra».

—¿Tienes pruebas?—repuso Cangrejo.

—En la paletilla izquierda puedes verla, contestó serenamente el prisionero, tratando de voltearse, sin poderlo conseguir: una goma especial tenía encolados los cuerpos a la tabla en que pasaron la noche. Cangrejo regó un líquido por la espalda del indio y frotándola con algodón empapado en la misma sustancia, pudo contemplar el águila de los güetares, tatuada en rojo y negro sobre la paletilla del cautivo.

—Suéltense las amarras, dijo el Delfín; pero a la primera tentativa de fuga, se le clavará una flecha en la garganta. ✱

Con lágrimas de gratitud, cogió Copey las manos al Delfín y las besó en juramento de fidelidad, al uso de los indios güetares.

El reconocimiento de los otros prisioneros fué fácil de hacer: todos cuatro tenían el tatuaje de la «Lechuza Negra» en la ijada derecha, que se cubrían siempre con el taparrabo usual.

Al muerto lo cubrieron con una manta vieja que le pertenecía, muy a tiempo, pues de los ranchos comenzaban a salir indias asustadas,

tratando de inquirir lo que pasaba: les parecía raro que no saliese humo del rancho de la bruja, que nadie se quejara de ataques durante la noche última, y sobre todo, que hubiera en la rada una piragua que ellos no conocían, con carácter apacible, aunque parecía tripulada por hombres de guerra.

Por la narración de Copey supieron a bordo que diez miembros de la «Lechuza Negra» habían salido en su piragua al oscurecer para la bahía de Ballena, donde estarían a esas horas entregados al pillaje; que una parte del botín recogido antes estaba enterrado debajo del fogón en el rancho de la bruja, considerado en Corú como maldito desde el año anterior, en que ellos lo habían ocupado por tres días; y que seguramente antes de rayar la luna regresarían, porque la «Lechuza Negra» no se movía sino protegida por las sombras de la noche.

El Delfín mandó a Copey con dos marineros para que trajesen lo que tenían los apaches en el rancho de la bruja, y a Cangrejo que fuera a tranquilizar la población, sin comunicar más de lo estrictamente indispensable.

Del rancho trajeron algunas armas, escasas provisiones y una tinaja nicoyana, conteniendo

objetos valiosos, que se guardaron en la cámara del capitán.

Detrás de Cangrejo se vino una multitud de indios, hombres y mujeres, pidiendo que les permitiesen linchar a los prisioneros.

—Nadie tiene derecho de hacerse justicia en sus propios agravios, replicó el Delfín; sin embargo, ya que hubo un traidor, preparad la hoguera en el rancho de la bruja, y antes de ponerse el sol quemaremos su cuerpo para que las llamas purifiquen el aire de Corú.

Todo el pueblo festejó a los marineros, y tanto hombres como mujeres ayudaron durante el día a preparar la defensa. Sabían los corubicís que ellos no podían luchar en el agua con un enemigo mayor en número, y que tenía su piragua armada con todos los elementos de combate, por lo cual, ayudados del pueblo, sacaron el bongo del agua y lo trasladaron en tierra hasta dejarlo escondido entre los árboles, detrás de la ranchería.

Colocaron los tres prisioneros a la sombra, y les dieron de comer y beber, contra la voluntad del populacho que seguía empeñado en despedazarlos, especialmente a la bruja, por ser hechicera según todos aseguraban.

Pasado medio día, se preparó la hoguera dentro del rancho maldito y sobre ella se puso el cadáver del apache. Siguieron cantos de guerra, acompañados de música y sahumeros para ahuyentar los espíritus malignos. El fuego consumió en pocas horas la totalidad de la empalizada, de manera que al ponerse el sol estaba el rancho hecho cenizas.

Al propio tiempo se había procedido a la defensa de la población: los pocos hombres disponibles alistaron sus armas, flechas, lanzas y cuchillos de madera, mazas de piedra y lazos hechos con resistentes cuerdas de henequén. Las mujeres y niños se retiraron al bosque, donde se hizo un campamento provisional para pasar la noche.

El mayor silencio y oscuridad reinaba en Corú, cuando se oyó el golpe de los remeros que hacían entrar en la rada tranquila la sombra de la «Lechuza Negra»: sonaron tres silbidos a bordo, a los cuales contestó Copey desde la playa; el objeto era hacerlos desembarcar, para batirlos en tierra, pero uno de los prisioneros dió dos gritos especiales y el movimiento tranquilo de la tripulación apache cambió súbitamente de aspecto. Trataron de echarse atrás,

bajo una lluvia de flechas lanzadas desde la costa; sin embargo, el combate no producía efectos, debido a la oscuridad de la noche y sólo pudo verse un cuerpo humano que cayera al agua. Los piratas se alejaron a distancia que los ponía fuera del alcance de las flechas y usando grandes arcos de madera comenzaron a lanzar piedras sobre la población, con tanta fuerza que pasaban los ranchos de parte a parte, como si fuesen balas de cañón. Al mismo tiempo arrojaban bolas de fuego, empapadas en aceite de coco, que al caer sobre los techos de paja producían el incendio inevitable; así acabarían pronto con la ranchería de Corú. Las gentes aullaban en la costa y el bombardeo parecía interminable.

Al rayar la luna se vió aparecer otra piragua, que venía con la rapidez de un torpedero; chocó contra los piratas y se entabló una lucha cuerpo a cuerpo.

—Son los guarda-costas de Chira, dijo Carao, tirándose a nado.

—¡El bongo al agua!—gritó el Delfín.

Aquella gente se movía como resortes de una máquina admirable, en el momento decisivo del combate.

Suspendido el cañoneo, la tropa de tierra se ocupó en contener los destrozos del incendio, sin preocuparse de los prisioneros, que daban gritos de angustia, pues una de las bolas de fuego había caído entre ellos y la cera de las amarras ardía sobre los cuerpos, presentando un cuadro horripilante, de que el Delfín no pudo darse cuenta, ocupado como estaba en poner el bongo a flote para auxiliar a sus aliados.

Los guarda-costas lograron incendiar la embarcación pirata, pero su piragua la habían echado a pique; así fué que la llegada del bongo corubicé al lugar del combate, apenas sirvió para recoger los despojos flotantes de ambas tripulaciones, que extenuadas por aquella lucha sin tregua, estaban a punto de perecer por completo.

De la «Lechuza Negra» sólo quedaban cinco piratas vivos; el resto había sucumbido en el combate. De los guarda-costas habían muerto cuatro, inclusive Carao, quien debilitado por el ataque de la noche anterior, no pudo resistir semejante fatiga.

Durante el resto de la noche se ocuparon en recoger cadáveres y curar heridos. Para los

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

apaches muertos se levantó nueva hoguera al día siguiente. A los guarda-costas se les dió sepultura con todos los honores militares, especialmente a Carao, por quien todos sentían hondas simpatías.

Por la tarde se dispuso que una escolta llevase los prisioneros por tierra hasta entregarlos al cacique de Chira. Se sacó a flote la piragua de los guarda-costas y en ambas tripulaciones entonaron un himno de gracias al Dios de la victoria.

V

DESPUÉS de una noche reparadora para los tripulantes de ambas piraguas, las trompetas de a bordo tocaron alegre diana. El Delfín hizo requisita para reorganizar el servicio, tomando algunos marineros que irían solamente hasta el puerto inmediato. Los guarda-costas tenían orden de ponerse a la disposición del Jefe corubicí y de seguir con él en todo el viaje: un correo de tierra había enterado al Cacique de Chira del arribo de los piratas a las costas de Nicoya y a eso se debió el auxilio tan oportuno como eficaz.

La escolta con los cinco apaches salió en la madrugada, llevando como Jefe a uno de los guarda-costas, y un corubicí en calidad de correo de información; el resto de la guardia eran indios damnificados por los mismos prisio-

neros, lo cual aseguraba su custodia. Pocos hombres quedaban en Corú, pero restablecida la tranquilidad de manera estable, las mujeres se encargaron de rehabilitar los ranchos, sin mayor trabajo, pues había entrado ya la estación seca y la techumbre estrellada resultaba seguramente más higiénica y alegre, al menos por algunos días.

Al hacer un reconocimiento en tierra, lamentó mucho el Delfín la muerte trágica de la bruja y sus dos compañeros que fueron carbonizados por el fuego de los mismos piratas. Después devolvió a sus dueños respectivos los objetos robados allí en noches anteriores; ordenó el abastecimiento de agua potable en las embarcaciones y la salida inmediata para Ballena, pues los últimos sucesos tenían su ánimo abatido, a pesar del triunfo, y deseaba salir de aquel lugar a la mayor brevedad posible.

Copey y el Cangrejo se habían hecho grandes amigos: eran la juventud y la experiencia, que tan bien se conchaban cuando tienen idéntico fondo moral.

Después del desayuno se hicieron a la vela. A la mansedumbre de la rada, que la isla de Tortuga abriga por el sur, sucedió la marejada

del Golfo abierto. Hasta entonces no habían podido contemplar el perfil de aquella costa, tan llena de playas resplandecientes, donde los ranchitos se destacan como paisajes de Navidad, dorados por el sol. Sin embargo, no salía humo de las habitaciones: el terror de la «Lechuza Negra» corría a lo largo de la costa desde Corú hasta Ballena, sembrando el pánico en todos sus moradores muchas horas después de haber pasado su recuerdo a la categoría de leyenda.

El viento soplaba del nordeste y ambas velas trabajaban empujadas de popa, con rumbo directo al lugar de su destino; en tales condiciones se hizo el trayecto en poco tiempo, pues antes de que declinase el sol entraron sin dificultad en la preciosa bahía. Funcionaron entonces los remos y fueron a echar el ancla en un estero angosto, donde había algunos botes pertenecientes a los pescadores del lugar.

A pesar de haber muchas habitaciones nadie aparecía: alguno de los guarda-costas que tenía amigos allí, y los marineros traídos de Corú fueron a restablecer la tranquilidad. Después, la curiosidad se convirtió en admiración, pues consideraban como un milagro verdadero que un puñado de marinos hubiese acabado con la

banda de piratas, que ellos creían numerosa, juzgando por el atrevimiento con que habían acometido poblaciones enteras.

Se dispuso detener la marcha por dos o tres días, para que los heridos se restablecieran completamente y para recoger las provisiones necesarias, pues durante una semana no estarían de regreso. Por la tarde se despidió a los marinos que debían regresar por tierra a Corú, dándoles una buena gratificación.

Los balleneros tenían por fuerza que ser hombres de mar y había muchos que conocían las ensenadas de la costa occidental, así como los peñones donde abundan los caracoles de púrpura; por otra parte, todos deseaban acompañar la expedición, para tratar de cerca a los marinos considerados bajo la protección de los dioses.

La bahía de Ballena es preciosa, está cerrada al norte y sur por rocas escarpadas, que declinan al centro hasta formar un valle extenso, regado por aguas fluviales, donde se produce toda clase de frutas y granos de cultivo tropical. Un anciano acompañó a los marinos para mostrarles las plantaciones de henequén, verdaderamente notables, y las fábricas de cordelería:

en una quebrada echaban las pencas para que se pudriese la pulpa, después lavaban la fibra, limpiándola hasta dejarla de un blanco puro/ luego la teñían en grandes ollas de barro puestas al fuego, usando a voluntad el nacascal, palo de mora, añil, achiote, cáscaras de mangle o de nancite, con lo cual daban colores variados, amarillo, rojo, azul, moreno, castaño y negro, en toda su intensidad y matices combinados. La fibra blanca o teñida, se guardaba en grandes trenzas, colgadas en los ranchos para que se secasen y afirmaran los colores. Con ese material fabricaban cuerdas delgadas y gruesas, de gran resistencia; tejían redes, chinchorros, hamacas, mochilas y una gran variedad de jarcia para la navegación y la pesca. Toda esa industria se llevaba a las ferias para trocarla por telas de algodón, utensilios de barro y objetos de adorno, pues ninguna otra cosa necesitaban, porque el mar les daba pesca abundante, y los terrenos de cultivo, así como la cacería en tierra, completaban su mantenimiento y bienestar.

Algunos de los marineros se entretenían su- biendo a las palmas de coco, para refrescar la sed con agua de pipa; otros recogían variadas frutas, que repartían entre sus compañeros.

Por la noche danzaban en la plaza, celebrando verdaderas fiestas durante su permanencia en Ballena. Cuando el Delfín les llamaba la atención por algún abuso ligero con las muchachas del pueblo, el anciano replicaba diciendo:

—Déjelos que se diviertan, también a mí me gustaría imitarlos si tuviera cuarenta años menos.

Tenían buenas maderas para fabricar embarcaciones pequeñas, mástiles y remos, a los cuales colocaban en la punta conchas alargadas, de la grandura de un palmo y más, que servían de paletas. Esas conchas las usaban también para hacer instrumentos de agricultura, azadas y macanas. Pocos pueblos de la costa estaban en condiciones semejantes.

Por otra parte, las brisas del mar hacían de la bahía uno de los lugares más sanos de la costa. Así resultaba aquel pueblo, tranquilo, laborioso y afable.

Casi toda la población estaba compuesta de elementos de otras tribus, que agobiados por los tributos habían ido a radicarse en Ballena, donde todos atendían a las necesidades de la comunidad, sin que hubiese amos ni servidumbre verdadera; se canjeaban servicios, sembran-

do y cosechando por turnos lo que a cada familia pertenecía. La juventud tenía sus entretenimientos, los obreros trabajaban sin preocuparse por el alza de los salarios, y los ancianos gozaban de las consideraciones que su experiencia y consejos merecían.

—Mucho de esto nos falta en Cornubicé, decía el Cangrejo.

—También en los pueblos de la altiplanicie se echa de menos esta organización, agregaba Copey: los caciques no se preocupan por la producción del suelo y la agricultura decae, alejándose los pobladores a lugares remotos, donde no tenga influencia la explotación de los que viven sin trabajar; yo mismo siento la necesidad de una ocupación estable, pues huérfano desde la edad de siete años, la piedad de mis familiares me rodeó de toda clase de atenciones, sin obligarme a nada: cuando pasé de la holgura al cautiverio de los piratas, muchas veces sentí deseos de quitarme la vida.

—Eres joven, replicó Cangrejo, tu situación ha cambiado ya y nadie sabe el destino que la providencia te reserva.

Se habían terminado los preparativos del viaje: la salida se dispuso para la mañana si-

guiente, con el objeto de pasar temprano el mar borrascoso a veces de Cabo Blanco, para pernoctar en la primera ensenada tranquila de la costa occidental.

Estaba calculado el tiempo a fin de aprovechar la brisa del norte en las primeras horas, y el sur después de medio día para dar la vuelta al Cabo. Con el Delfín iban dos marineros de Ballena, dos corubicíes y dos de Chira; ambos pilotos eran de Ballena; Copey y Cangrejo hacían el servicio de relevo. La segunda piragua estaba tripulada por tres guarda-costas, tres corubicíes y tres balleneros. Así salieron muy temprano, favorecidos por el viento y la tranquilidad relativa del mar. Al pasar por Cabo Blanco las olas chocaban con fuerza contra el peñón atomizándose a manera de un velo de niebla sobre las rocas.

La corriente los arrastró muy lejos, teniendo que arriar las velas y trabajar duro con los remos para voltear al norte. Pasada una calma chicha, comenzó a soplar, entrada la tarde, el viento del sur y las velas empujadas de popa funcionaron de nuevo regularmente. En la primera ensenada que se presentó viraron a la costa y antes de ponerse el sol habían anclado

en una playa deshabitada, protegida por rocas escarpadas en ambos extremos.

Se hizo fuego en tierra y prepararon la comida, que buena falta les hacía, especialmente a los heridos convalecientes; por primera vez descansarían tranquilos, fuera del bullicio de la gente, bajo el manto estrellado de una preciosa noche tropical.

VI

TERMINADA la cena, algunos se tendieron en la playa, alrededor del fogón, que se mantuvo a medio fuego para alejar el jején, y otros hicieron un paseo de reconocimiento, a que invitaba la tranquilidad de la noche. A poco andar vieron el rastro de una tortuga que salía del mar e iba hasta la arena seca donde comienza la vegetación, compuesta de variados zacates naturales, algunos cornizuelos, un árbol de manzanillo, con espeso follaje y muchas frutas pequeñas amarillas, sumamente venenosas. Siguieron el rastro y encontraron una gran tortuga de carey, que acababa de hacer su postura y se ocupaba en tapar el hueco con arena, para dejar sepultados los huevos destinados a la incubación mediante el calor solar.

Tan luego como terminó la operación, trató de regresar al agua; pero los indios la cogieron y volcándola de espaldas, con el peto hacia arriba, le ataron las manos y las extremidades posteriores a una vara fuerte, y la llevaron al fogón. Al calor de la llama se medio despegaban las placas de carey, luego acabaron de arrancarlas, usando cuchillos de madera, hasta despojar a la tortuga de su valiosa vestidura; después la soltaron y medio chamuscada se fué lentamente al mar, para seguir viviendo según aquella gente suponía. Ese sistema bárbaro de obtener el carey se ha practicado por los chinos y otros pueblos antiguos, con la buena intención de evitar que se destruya la cría de esos animales, pues suponen que el carapacho óseo las protege de la muerte.

Al rededor del fogón se aumentó la tertulia hasta muy entrada la noche; recogieron la nidada de huevos, en número de ciento ochenta, y los echaron a cocinar en agua hirviendo para almorzar al día siguiente. Esos huevos son redondos, del tamaño de coyoles, envueltos en una membrana semejante a pergamino, un poco ásperos al tacto; una vez cocidos pueden guardarse por muchas horas para comerlos

fríos. El Delfín ordenó volver a bordo para que todos durmiesen alejados de cualquier contra-tiempo de la costa.

Durante la noche pudo verse parejas de coyotes que husmeaban la playa en busca de huevos de tortuga; más tarde se oyó el bramido del tigre, que con frecuencia visita aquellas soledades en persecución también de las tortugas. Cuando nacen los huevos de estos animales, que logran incubarse, son perseguidas las tortuguitas por las aves de costa, antes de entrar al mar; pero la Naturaleza ha favorecido con numerosas y frecuentes posturas a las tortugas, de manera que, a pesar de tantos enemigos, siempre queda un margen de producción para perpetuar la especie.

A la mañana siguiente se ocuparon todos en teñir madejas de hilo morado, objeto principal de la expedición. Entre los objetos recogidos en la playa había preciosas conchas y caracoles, que los indios empleaban para fabricar cuentas, collares y otros varios adornos. También encontraron una culebra de mar, negra por encima y amarilla por debajo, con la cola tableada verticalmente, que le sirve de timón. Esas culebras son muy venenosas; tienen colmillos

cortos y fijos; cuando están en tierra no pueden moverse, porque su abdomen aquillado sólo les sirve para nadar sobre aguadas.

Por la noche habían pescado curbinas y lizas de calidad superior, completando así el almuerzo, que resultó un verdadero banquete en aquellas soledades.

Para hacer fuego usaban mechales de algodón, y con el pedernal que allí abunda les era fácil encender la madera seca de la costa, que empapaban en parte con grasa de garrobo o de otros animales para que ardiera mejor. A falta de ese material usaban cierto bejuco seco, al cual le hacían un nido y sobre él frotaban rápidamente otro tallo delgado, a manera de molino, hasta que éste encendiera el extremo en fricción. En los hogares del poblado se limitaban a cubrir las brasas y tizones con ceniza durante la noche para avivar el fuego en las primeras horas del día.

Debido a la falta de pobladores, las aves marinas y terrestres vivían tan confiadas que bajaban en bandadas a la playa, durante la marea baja, para recoger cangrejos, sardinas y otros animales pequeños arrojados por las olas sobre la costa. Con una simple caña larga y

seca les daban por el cuello, cazándolas para asarlas a la llama; pero había tanto que comer que no se preocuparon mucho de volátiles. Ese mismo fenómeno puede observarse actualmente en la isla del Coco y en otras donde el hombre y las escopetas no han llegado todavía a llenar de espanto a las aves.

—Es una vida monótona la de estos animales, decía Copey, a pesar de la libertad en que viven, no tienen sosiego ni tranquilidad absoluta; siempre están en lucha los unos con los otros para atender a sus necesidades.

—Sin embargo, replicó Cangrejo, nosotros estamos en peores condiciones, porque nos desvivimos además por satisfacer la vanidad, estableciendo una especie de esclavitud, que la ambición convierte paulatinamente en verdadera tiranía: todos esos objetos de oro, que representan el afán de tanta gente ocupada en lavar arenas y fundir metales, no tienen otro fin que fomentar la vanidad de los grandes señores, mientras que las aves libres gozan de los arreboles de la tarde, del clarear de las mañanas, de un aire puro para respirar a todo pulmón y cuando han satisfecho las necesidades de la vida no se preocupan por estancar

riquezas que jamás han de disfrutar; si unos mueren para que otros vivan, esa es la ley de la Naturaleza y contra ella no queda otro recurso que la defensa propia, que todos los seres ejercitan, ¿has visto acaso que nadie se preste voluntariamente al sacrificio de la vida?. En cambio, estos animales no guardan rencores, ni tienen envidia, ni conocen la venganza y mucho menos la perfidia; si nosotros tratáramos de seguir el sendero que la Naturaleza y la razón indican, cada cual tendría su acomodo y bienestar, sacando de la tierra lo que verdaderamente necesitamos para vivir, en un ambiente de amor elevado y apacible.

Filosofando estaban cuando se dió la orden de traslado un poco más al norte, en busca de otros peñones donde terminar la recolección de púrpura: se alistaron las embarcaciones, aprovechando la brisa del sur, y siguieron adelante.

La costa occidental de Nicoya se presenta en forma de festón gracioso, con ensenadas y rocas en donde hay gran variedad de conchas, abundante púrpura, árboles seculares de caoba, y tal acopio de plantas y animales silvestres que la odisea de los navegantes resultaba una visita al paraíso terrenal; en un riachuelo habitado

por mojarra pequeñas, donde los pájaros tomaban su baño matinal, obtuvieron agua cristalina y fresca.

Al cabo de dos días de anclajes y salidas, tenían lleno el objeto primordial de la expedición, de manera que al llegar a la boca del río Nozara, resolvieron regresar; pero antes debían conocer la población de aquel valle, ponderado por los indios de la costa como interesante desde muchos puntos de vista.

La noticia del arribo de las piraguas había llegado a Nozara, y enterados los pobladores de que el Delfín les haría una visita, enviaron delegados, llevándole presentes y una cortés invitación, pues deseaban estrechar relaciones con los indios de Chira y Corubicí para contrarrestar en parte la influencia de los nicoyanos, que eran sus vecinos y los recargaban con frecuencia de contribuciones, por lo cual les guardaban pocas simpatías. Cuando se presentaron los emisarios, les manifestó el Delfín que su trabajo estaba terminado ya y que regresaría al Golfo después de pagar su visita de cortesía.

—Un correo de Ballena, dijo uno de los delegados, ha narrado en Nozara el combate con

la «Lechuza Negra» y toda nuestra gente se alista con un recibimiento digno de guerreros protegidos por los dioses; así os recomienda nuestro jefe que permanezcáis por tres días en sus dominios, para agasajaros tanto como sea posible. El Delfín manifestó su agradecimiento, mostrándoles el manuscrito del Cacique de Chira, para que vieran en su comitiva la representación de dos tribus unidas, y les prometió que a la mañana siguiente irían al pueblo y que, como la distancia era corta, prefería quedarse a bordo; pero sí les agradecería el envío de algunos indios de confianza, para dejar a su cargo las piraguas, en caso de que la mayor parte de sus marineros quisieran ir al valle.

—Si hemos de permanecer aquí tres días, decía uno de los marineros, tiempo hay de sobra para verlo todo.

—Pero si hay muchachas bonitas, agregaba otro, debiéramos quedarnos tres semanas.

Nada se ordenó esa tarde, pero todos se metieron al baño, se limpiaron las uñas, alistaron afeites para la madrugada y cuando se fueron a dormir menudearon los comentarios de lo que cada cual haría al día siguiente, con tal

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

entusiasmo que la charla duró hasta altas horas de la noche.

Habrían dormido apenas tres horas cuando una banda de ocarinas rompió el silencio de la madrugada y un ¡Viva el Delfín de Corubicí! resonó a lo largo de la costa, confundiéndose el eco de la montaña con el murmullo de las olas.

VII

AL clarear el día se vió que la playa estaba llena de gente, venida del pueblo, para acompañar al Delfín en su visita al valle.

Los músicos estaban formados por cuartas y seguirían a la comitiva. Cuando el Delfín saltó a tierra, tocaron la diana de ordenanza; las personas de mayor representación llegaron a presentar sus respetos y la multitud rodeó a los visitantes. Se tenía dispuesto que Cangrejo y uno de los guardacostas quedarían al cuidado de las embarcaciones, acompañados de una escolta de diez hombres enviados de Nozara; el resto de la tripulación acompañaba al Jefe.

Copey había logrado captarse tales simpatías entre los suyos que se le consideraba como si fuera el secretario. Así, salieron de la boca

antes de rayar el sol, en el mayor orden. La figura enérgica de Jefe se destacaba entre la multitud por su gallarda apariencia, y por el trato afable con que se dirigía tanto a los suyos como a los extraños.

.,Siguieron la margen del río en medio de hermosos árboles y palmares que en ambos lados formaban un bosque encantador, sombreado por anchas copas y palmas de corozo, cuyas hojas usaban los indios para techar sus viviendas.

De trecho en trecho encontraron grupos de mujeres y niños bañándose, con esa desnudez e ingenuidad que sólo la vida libre de la Naturaleza sabe contemplar sin malicia: las indias púberes ocultaban el rostro, pero los niños se presentaban al paso de la comitiva con la dulzura de ángeles piutados por los genios.

De los primeros ranchos salió la voz de una lora que decía:—¡Hola, panzón!, a lo cual contestó el más gordo de los músicos:—¡Adiós, abuela!

Un grupo de monos aulladores saludaba con aire de estúpida curiosidad el paso del cortejo, que marchaba al golpe acompasado de seis tambores unísonos.

A medida que se acercaban al pueblo, los

ranchos dispersos en la margen del río aumentaban en número y la comitiva se engrosaba paulatinamente. Cuando llegaron a la plaza, cien cabezas de mujeres asomaron por las puertas de los ranchos donde esperaban la entrada del cortejo. El Cacique había salido al recibimiento y lo natural era que se dirigiesen a su palenque, donde tenían preparado el desayuno: a la puerta estaban una mujer entrada en años y una joven de diez y ocho; al presentarse el Delfín, seguido de su comitiva, el jefe de la casa presentó su familia diciendo:

—Mi mujer y mi hija Nina.

La joven bajó los ojos y sobre ellos se tendieron sedosas pestañas, semejantes a dos bellos abanicos que se bajan en señal de cortesía; todos inclinaron la cabeza, y al levantar la vista, los ojos de Copey se clavaron en el rostro de la joven con la firmeza de un arpón tirado a todo brazo; nadie pudo notar ese detalle, pero el joven marinero estaba pálido, con la vista fija en aquella criatura admirable, como si un mundo de recuerdos pasase por su mente con la rapidez de palomas mensajeras.

Se les invitó a pasar adelante y sentarse en bancos de madera, tallados muchos de ellos en

troncos de caoba, que estaban lustrosos por el uso y limpieza que a diario recibían. Algunas indias domésticas sirvieron el almuerzo, empezando por los señores de mayor categoría, hasta terminar con los últimos invitados; la hija del Cacique servía al Delfín, y pudo notarse cierta corriente de mutua simpatía, que la señora de la casa recibió con sonrisas de satisfacción mal disimulada.

—Si hemos de visitar vuestras fábricas de loza, dijo el Delfín, me gustaría verlas funcionando, porque así podremos apreciarlas en su estado vivo.

—Perfectamente, contestó el Cacique, dando orden a uno de sus ayudantes para que dispusiera todo, a fin de que por la tarde encontrasen los huéspedes a la gente ocupada, como si fuese en días ordinarios de trabajo.

Copey seguía sugestionado, casi nada comió: el rostro encantador de la muchacha, su aire esbelto y gracioso, el contorno de formas esculturales, aquella sonrisa semejante a un panal de rica miel, su mirar de virgen inmaculada, en que se confundió la negrura de la noche con la eterna luz de las estrellas, todo lo tenía sumido en un lago de conjeturas, que lo hacían

pasar por una de esas crisis de que el corazón humano es víctima frecuente.

Con la fresca de la tarde salieron a conocer los contornos del pueblo. Nina, acompañada de algunas amigas, siguió al lado de su padre, porque también ella tenía afición al arte de la cerámica y sería una fuente parlante, tan amena como instructiva para los simpáticos huéspedes.

En la primera de las fábricas estaba una india sentada en el suelo, haciendo comales de barro negro, cargado de arena: la obrera levantó la cabeza en señal de saludo y continuó su oficio.

—Esta mujer es muda, dijo Nina, pero trabaja tanto, que abastece de ollas, cazuelas y comales todos los hogares; su labor ha llegado a tal perfección, que nadie la iguala; desde Nicoya le hacen encargos, que a duras penas puede atender; sus artefactos resisten al fuego hasta ponerlos al rojo sin romperse; el timbre de esta loza semeja al metal.

La muda comprendió por los gestos que elogiaban su trabajo y levantándose fué a traer una ollita cocida, que tenía guardada, y la ofreció de regalo al Delfín. Con una son-

risa le pagaron el obsequio y siguieron adelante.

—Aquí, dijo Nina, hay una familia entera dedicada a fabricar vasijas.

En la sala tenían más de cuarenta tinajas y vasos primorosamente dibujados en colores, listos ya, en su mayor parte, para echarlos al horno. Todos los relieves, asas y patas de las vasijas eran de un espesor uniforme, con bolitas de barro dentro, para probar el timbre de la loza después de cocida, sin necesidad de golpearla.

Contemplaban un vaso admirablemente decorado, cuando uno de los obreros se acercó, y dijo:

—Aquí estuvo Nina ayudándonos.

—Nunca pensé, replicó el Delfín, encontrar en la hija del Cacique una artista de tantos méritos.

La joven dió las gracias con los ojos y bajó la cabeza, un tanto ruborosa.

Copey parecía vivamente interesado en los trabajos de la fábrica, e iba de un lugar a otro examinando las vasijas; al pasar frente a una joven que estaba terminando una ocarina, le preguntó:

—¿Cuesta mucho entonar los agujeros?

Nina se acercó al notar la pronunciación defectuosa de la lengua chorotega y le dijo:

—Tú no eres corubicí, he visto en tu espalda un tatuaje extraño en estos pueblos.

—Procedo de Tarrazú, contestó Copey con humildad, de allá por donde nace el sol.

En uno de los ranchos tenían el horno encendido y cargado de tinajas, que debían ponerse al rojo con cinco horas de fuego.

—Es un trabajo molesto el quemado de las lozas, dijo el hornero: además del acarreo de leña, es indispensable una vigilancia constante, para que el fuego se mantenga cada vez más intenso, hasta llegar al rojo de las arcillas; después debe enfriarse paulatinamente, evitando las corrientes de aire frío para que no se rompan las vasijas.

De allí pasaron al taller de un joyero que hacía figurillas de cera, sapos, lagartos, diablillos, tortuguitas, armadillos, desde un centímetro en tamaño hasta la grandura de un palmo; luego las recubría con barro especialmente preparado, para obtener un molde al ponerlos al fuego, y por donde salía la cera derretida, chorreaba metales de oro y cobre fundidos en

crisoles de barro; después, quebrando el molde, sacaba la reproducción de la figura que había elaborado en cera.

—Poco metal se consigue ya en los lavaderos, decía el joyero. Durante los últimos años se han explotado tanto las arenas de Nicoya, que cuesta mucho trabajo recoger granitos de oro para trabajar ahora en este oficio.

La tarde había sido amena e instructiva para los viajeros, pues aunque ya conocían estas industrias, admiraban la destreza y el gusto artístico de los obreros, afinado con el retiro en que vivían, entregados a las artes manuales, en medio de una tranquilidad rara vez interrumpida por los azares de la guerra.

Por la noche habría baile en la plaza, dedicado a los huéspedes, y para que no tuviesen que regresar a la costa, les prepararon alojamiento en uno de los ranchos. De las fábricas fueron a conocer la posada, donde se les sirvió la comida, y los dejaron descansar por un rato, enviando aviso a las piraguas para que no los esperasen.

Al centro de la plaza encendieron cuatro fogones y colocaron asientos para las damas, bailarinas y gente principal. Los invitados esperaban

que hubiera alguna concurrencia: cuando se presentaron fueron recibidos por la familia obsequiante, trajeada con lo mejor que tenían. Nina vestía una falda rayada de amarillo y rojo, con güipil de tela blanca, bordada en colores, tan fina que dejaba traslucir la redondez de las formas llenas y perfectas en todos sus detalles; llevaba el pelo suelto, partido al centro y recortado a la altura de los hombros, con cintillo rojo sobre la frente, adornado de plumas finísimas de garza blanca. Las mejillas ligeramente coloreadas hacían contraste con los grandes ojos de azabache, que no por ser comunes en los países tropicales, dejan de ser encantadores. Sobre el cuello lucía por toda joya un collar de nácar, caracolitos ovalados de color blanco y negro, lustrosos, con una concha pequeña de oro rojizo al centro.

Al desfilarse la comitiva frente a la tribuna de honor, Copey palideció y se detuvo un instante frente a Nina, como si hubiese recibido una descarga eléctrica; lanzó un hondo suspiro y pasándose la mano por la frente, siguió taciturno, cual si tratase de despertar de una pesadilla; luego salió rápidamente de la plaza y regresó al poco tiempo: parecía atacado de neurastenia violenta.

Algo había notado el Delfín desde su entrada al pueblo, tal vez más de lo necesario, para que le ordenara a uno de sus ayudantes que siguiera a Copey muy de cerca.

Aquella fiesta tenía cierta circunspección diferente a lo que ellos habían visto en el baile de Chara: se repartía bizcochos, empanadas con miel de abejas y agua pura del río. Alguno de los guarda-costas echaba de menos la chicha embriagadora, pero no se atrevió a manifestar sus deseos, temiendo ponerse en ridículo.

Aprovechando Copey un momento en que el Delfín conversaba con el Cacique, se acercó a Nina y le suplicó que le permitiera ver de cerca su magnífico collar. La joven lo tendió hacia Copey y éste estrechó la concha de oro entre ambas manos, recogiendo la impresión del borde interno en una cuepa de cera que él llevaba oculta. Dió las gracias y se fué después a la posada: el indio que le seguía los pasos pudo ver que Copey examinaba algo a la luz de una candela, con la curiosidad del que tiene en la mano una piedra preciosa encontrada al acaso. Después del examen detenido, exclamó:

—¡Será posible!, y se echó a llorar como un niño.

El indio guardián le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, respondió Copey, y siguió llorando sin atender razones.

Alarmado el vigilante, comunicó al Delfín lo que ocurría.

—Vuélvete a su lado, le contestó, iré a verlo.

Se excusó por un instante, y fué a enterarse personalmente de lo que le pasaba al joven marinero.

—He visto desde temprano, le dijo, que te has enamorado locamente y debieras saber que a un liberto no le es permitido pensar siquiera en la hija de un Cacique; sin embargo, nada debes temer, no te he libertado para quitarte la vida: cuando volvamos a Ballena, los guarda-costas te llevarán a las playas de Pigres para que vuelvas al lado de tus familiares.

—Señor, replicó Copey, os debo la libertad que vale más que mi vida, y jamás trataré de contrariar vuestras disposiciones; pero lo que me pasa es más grave de lo que has supuesto.

Hizo una larga pausa, interrumpida por sollozos, y agregó:

—Tengo sospechas de que Nina es hermana mía.

—No lo dejes solo, dijo el Delfín al vigilante, y se volvió tranquilamente a la plaza.

Al regresar le preguntó el Cacique si había alguna novedad, y el Delfín contestó:

—Poca cosa; Copey parece haber perdido la razón.

—Es raro, replicó el Cacique, en este pueblo no hay bebida alguna que produzca ese efecto, debe ser simplemente una congestión nerviosa, para lo cual tenemos un remedio eficaz; pero necesito ver al enfermo.

Con el pretexto de tratar negocios, se retiraron ambos y pasando por el palenque, recogió el Cacique una vasija pequeña de piedra verde, tapada herméticamente con goma elástica.

—El caso de Copey es sumamente grave, decía el Delfín, al llegar a la posada: su locura consiste en imaginarse que él es hermano de Nina.

—Es raro efectivamente, agregó el Cacique al acercarse al paciente.

—¿En qué fundas tu parentesco con Nina?, le preguntó.

Copey, soltando el cinturón, entregó una concha de oro semejante a la del collar que había tenido en sus manos esa noche.

Puso el Cacique algunas gotas del líquido que contenía la vasija de piedra en un poco de agua y se la dió a beber al joven marinero.

—Cuando se tranquilice, le dijo al vigilante, llévalo al palenque, sin comunicar a nadie una palabra siquiera de lo ocurrido.

Nina estaba inquieta de curiosidad, cuando su padre le pidió el collar para mostrarlo al Delfín y ambos se encaminaron al palenque, que estaba iluminado, pero solo, porque el baile seguía cada vez más animado. Al comparar las conchas de oro, notaron con sorpresa que una conchababa en la otra perfectamente, formando una bivalva, fundidas ambas seguramente por el mismo joyero.

—Esa niña, en realidad, no es hija nuestra, dijo el Cacique, mi mujer la recogió en la playa de Nozara, hace como quince años: una piragua, al parecer de apaches, la había dejado dormida sobre la arena, envuelta en una manta, sin otra prenda que un collar de pochote, con esta concha de oro al centro. Por ese tiempo había muerto nuestra hija única, de la misma edad, y mi mujer adoptó a Nina en sustitución; pero como le habíamos dado sepultura en el mismo palenque, la gente del pueblo ha creído

siempre que éste es un caso de resurrección milagrosa, y nosotros no tenemos interés alguno en sacarlos del error en que todos viven, inclusive la misma joven, por quien tenemos el mayor de los afectos.

El Delfín, a su vez, comunicó lo poco que sabía respecto de Copey, y manifestó temores de que fuera una ficción del joven marinero, para ganar simpatías, pues la concha de oro podía hallarse en su poder por servicios prestados a los piratas de la «Lechuza Negra».

—Eso no es posible, replicó el viejo Caci-que, que conocía mejor el corazón humano. En todo caso, sabremos lo cierto antes de media hora: si Copey se tranquiliza, lo que él diga será la verdad; si fuera impostor dormirá profundamente toda la noche y tiempo tendremos para deshacernos de él; mas si resulta un caso de neurastenia verdadera, habrá que repetir las gotas una o dos veces para que se cure por completo. Debemos, como quiera que sea, guardar una reserva absoluta para no cometer la injusticia de tronchar la felicidad de Nina, estando ella en la flor de sus ilusiones.

—Con respecto al guardián, replicó el Delfín, tengo confianza absoluta, y por lo que toca

a Copey, le impondremos el silencio so pena de la vida.

La solución no se hizo esperar mucho rato: Copey entró tranquilo al palenque, y el indio que lo acompañaba se quedó a la puerta, oyendo los acordes de la orquesta y gozando, a distancia, del movimiento animado del baile, en que el resto de los marineros tomaba parte activa.

Copey refirió: que hacía quince años poco más o menos, que su padre había salido a los baños de Tárcoles en compañía de su familia, compuesta de una mujer de veintiséis años, con dos hijos pequeños, uno de los cuales era él; que estando su madre en el baño, con la niñita de tres años, se habían presentado los piratas, sin que su padre pudiera evitar el rapto, porque todos los hombres de su comitiva andaban con él en las Agujas, buscando ostiones y langostas. Que su padre murió al poco tiempo, del pesar, y que él había crecido al amparo de sus familiares; pero que, al sentirse hombre ya, había vuelto a aquella costa en busca de noticias, cuando fué sometido al cautiverio de los piratas, sin lograr averiguar el paradero de su madre y de su hermana. Que a partir de aquel tiempo siempre había conservado la concha de

oro que su madre le tenía atada al cuello como a su hermanita menor.

—En todo tienes razón, dijo el Cacique, pero la felicidad de Nina exige tu silencio absoluto, al menos por algunos meses, mientras el Delfín o yo no te ordenemos repetir tu narración. Ya sabes que a tu hermana la cuidamos del mejor modo posible, y cualquier indiscreción tuya cambiará su suerte totalmente.

—Por la memoria de mi madre os juro no decir otra palabra de este asunto.

Los tres regresaron a la plaza, tan tranquilos que hasta el mismo vigilante se quedó creyendo que todo era una simple humorada de Copey, inclusive el juramento que acababa de hacer.

—Demasiado larga ha sido la entrevista, dijo Nina.

—Tiene usted razón, contestó el Delfín sonriendo; pero debo regresar mañana y necesitamos tratar asuntos de importancia, cuya solución hemos aplazado para las ferias del río Diríá, donde volveremos a reunirnos todos, dentro de pocas semanas.

—Así lo espero, contestó la joven; falta poco tiempo y nuestras relaciones pueden entonces

estrecharse, ya que su visita se parece ahora a la de un médico.

Por la noche refirió el Cacique a su mujer, en el mayor secreto, todo lo ocurrido y terminó diciendo:

—Si Copey no procediese de gente distinguida, jamás habría revelado los sentimientos que posee.

X 72-14-47

VIII

Los pueblos indígenas del Guanacaste estaban esparcidos en la vertiente de los ríos, donde las inundaciones no alcanzan en el mes de octubre; dispersos los ranchos a cierta distancia unos de otros, en medio del bosque, bajo la sombra de los árboles. Cuando necesitaban impartir órdenes, lo hacían por medio de bocinas de caracol y tambores que recorrían el valle: la gente se congregaba en el patio del Cacique o en la plaza pública, al rededor de la cual había algunas chozas habitadas por servidores del Jefe.

A la mañana siguiente del baile, bandadas de loras despertaron la gente del poblado al clarear el día y luego se oyó la diana armoniosa con que el Cacique invitaba a su pueblo para

que acompañara a los visitantes hasta la costa, en su viaje de regreso.

Debían salir temprano, después del desayuno, pues necesitaban hacer preparativos en la costa y las embarcaciones no se harían a la vela hasta la mañana siguiente, aprovechando la brisa tempranera del norte, que debía empujarlos directamente hacia la entrada del Golfo.

El Cacique llegó a la posada al amanecer, para indagar cómo habían pasado la noche. Encontró a todos satisfechos, pues sólo lamentaban tener que dejar aquel valle, donde tantas atenciones recibían.

—Pasaremos el día con ustedes en la playa, dijo, todo está preparado, llevaremos provisiones que habrán de durar hasta que las piraguas lleguen a Ballena; he mandado un correo por tierra, que anunciará vuestro arribo dentro de tres días; así no tendrán dificultades, ni demoras, durante el viaje.

La gente tenía lista una gran cantidad de vasijas preciosas para obsequiar a los marineros y algunas piezas de calidad superior, como presente a los Caciques de Chira y Corubicí.

El sol se había levantado bastante cuando la comitiva tomó el camino de la costa, con esa

alegría peculiar de los paseos campestres, donde todos se tratan íntimamente, sin las atenciones ceremoniosas de las fiestas sociales.

Nina y el Delfín estaban hechos una melcocha.

—¿Has visto, decía una vieja murmuradora, cómo a Copey lo han hecho a un lado? La conferencia de anoche ha debido ser decisiva; no le arriesgo la ganancia al pobre muchacho: a ese lo tiran al mar en Cabo Blanco.

Pero Copey se mostraba más satisfecho que el resto de la comitiva, pues había llenado el anhelo de muchos años y la felicidad de su hermana era su propia dicha.

De camino vieron una venadita mausa, manchada de moreno y blanco.

—Es un caso de albinismo parcial, decía el Cacique, muy frecuente en estas tierras, así hemos tenido loras y pericos amarillos, y pájaros negros con las alas blancas; la Naturaleza es tan caprichosa que a diario se complace en presentar excepciones a la regla general, y la gente del pueblo lo atribuye a milagros, sin que nosotros tratemos de aclarar ese fenómeno, porque al dormido no hay que despertarlo, a menos que le suministremos algo más reparador que el sueño apacible en que vive.

Así, en alegre charla llegaron al mar, donde Cangrejo los recibió con abundante pesca de la noche pasada y con gran cantidad de almejas, recogidas con la intención de mandarlas más tarde a Nozara.

En grupos se dispersaron por la playa y cada cual trató de divertirse del mejor modo posible, en tanto que los músicos seguían tocando, como si fueran un fonógrafo de cuerda para todo el día. Se formalizó de nuevo el baile, para que la guardia de a bordo tuviera compensación al servicio de la noche anterior.

Las horas pasaron rápidamente, y por la tarde las señoras mayores indicaron la conveniencia de regresar al pueblo, antes de que les cogiera la noche, porque el camino era molesto bajo la oscuridad del bosque.

—En las ferias del río Diría nos volveremos a ver, repetía el Delfín a Nina.

—Así lo espero, contestó la joven, hundiendo la negrura de sus ojos en el corazón del jefe Corubicí.

—¿No quieres pasar la noche en el pueblo?, le dijeron a Cangrejo.

—No, contestó, la felicidad de mi jefe me llena de satisfacción, y eso es bastante para mí;

a mis años el cumplimiento del deber es el más grato de los placeres.

Se despidieron todos, prometiendo volver a encontrarse juntos dentro de algunas semanas, y el acompañamiento regresó al valle, menos alegres que como habían venido, pero sin contrariedad alguna.

Por lo que toca a los marinos, durmieron tranquilamente a bordo, y a la mañana siguiente se hicieron a la mar en las primeras horas. El viento mantuvo hasta el medio día las velas henchidas, y cuando se vieron obligados a amainar, arrimaron a la costa para pasar la noche, como otras veces lo habían hecho.

—He pasado en Nozara las mejores horas de mi vida, decía Copey confidencialmente; tiene aquel pueblo tranquilidad, trabajo constante, falta de ambición desmedida; la gente parece pertenecer a una sola familia, nadie se molesta por lo que otros hacen, ignoran las rencillas lugareñas, jamás me hablaron mal de nadie, todos parecen preocupados de su propio trabajo y el pueblo produce mucha riqueza individual y colectiva.

Al día siguiente, muy temprano, se hicieron de nuevo a la vela y lograron bordear el Cabo

Blanco antes de que cambiara el viento. Después viraron al norte, y empujados por el oleaje de fondo y la brisa de la tarde, entraron en Ballena, donde los esperaban ansiosos, especialmente los familiares de los balleneros que acompañaban la expedición.

Nunca les había parecido tan bella la entrada al Golfo de Nicoya, que abarca una extensión mayor de mil kilómetros cuadrados, en que podrían tener abrigo todas las naves americanas. El contorno de sus costas se presenta por la tarde verdaderamente encantador; las altas montañas azules tratan de levantar sus crestas doradas por el sol hasta la región de las nubes; centenares de canoas indígenas surcaban entonces la entrada de los ríos, cuyas depresiones forman valles preciosos, ricos en maderas finas y frutos tropicales, tan variados como útiles al hombre de todos los tiempos. Playas extensas, rocas escarpadas de cal, que se formaron al correr de los siglos, restos fósiles de todas las edades, minas de oro, numerosas islas surgidas del fondo del mar, todo un panorama admirable para el forastero, que los poseedores contemplan con verdadero cariño, solamente cuando regresan al seno del hogar.

EL DELFÍN DE CORUBICI

Ni la presencia del tigre americano, serpientes de cascabel, los cocodrilos, la tempestad a veces herida por el rayo, ni las conmociones frecuentes del suelo, infundían terror a los indígenas, porque todo lo consideraban como parte integrante de la Patria, tan distinta a las soledades de un mar muerto o al sudario de las regiones polares. Identificados como estaban con el ambiente de su rico suelo, pensaban ellos que habría quizá otros golfos iguales en la superficie de la tierra, pero ninguno superior al de Nicoya, visto al declinar de aquella tarde en que la Naturaleza saludaba los albores del verano.

Envuelta en celajes vespertinos entró en la bahía otra embarcación de guarda-costas, con marineros de relevo, para que dejasen en Ballena los que habían tomado interinamente. Entonces supieron, que al arribo de los cuatro prisioneros se había amotinado el populacho de Chira, exigiendo el sacrificio inmediato de dos apaches, por lo menos, y que los restantes estaban aplazados para cuando llegara el Delfín, en cuyo honor se levantaría otra vez la gran hoguera, pues siguiendo la costumbre de aquel tiempo, debía quemarse a todos los pira-

tas cuando eran cogidos en flagrante delito de rapiña.

Aquel relato dejaba al Delfín pensativo: si demoraba un tanto su regreso, lograría aplazar la ejecución de los piratas, aplacando así las iras del populacho; por otra parte, sabía que el Cacique era inflexible en sus resoluciones, y el espectáculo que le esperaba a su llegada a Chira le sería repugnante, dado su temperamento humanitario de perdón. Saldremos mañana por la tarde, para hacer escala en Pocosí, dijo a los marineros; preparen las embarcaciones temprano.

Copey estaba igualmente preocupado: ¿lograría obtener a última hora noticias acerca del paradero de su madre? Con la muerte de todos los prisioneros perdería para siempre la esperanza, y tales noticias, buenas o malas, se esperan en todo tiempo con ansiedad. ✓

IX

LA isla de Pocosí ocupa el extremo sudeste de la Península de Nicoya, cerca tiene buena agua potable y un suelo feraz; su posición a la entrada del Golfo es favorable para el arribo de pequeñas embarcaciones y aun naves de mayor calado pueden carenarse en sus playas.

Los navegantes llegaron al declinar la tarde, pues la distancia que separa a Ballena de Pocosí es aproximadamente de veinte kilómetros.

Al arribo de las tres piraguas, los escasos pobladores de la isla llegaron a presenciar el desembarque: entre la gente de tierra había dos indios que lucían largas plumas de Quetzal en el cintillo rojo de la frente, tendidas de manera graciosa sobre el trenzado de la coronilla. Copey

pidió permiso para conversar con ellos, en la seguridad de que eran güetares, pero el Delfín los hizo venir, deseoso de presenciar la entrevista. Por ellos supieron que andaban en busca de Copey, enviados por el Cacique de Tarrazú; que habían estado en Cangel y Nicoya, sin obtener noticia alguna de su paradero; se mostraron muy satisfechos de encontrarlo en tan buena compañía, y dijeron que habían llegado a Pocosí la noche anterior, en busca de una canoa que los pasase a la otra banda del Golfo, pues hacía varias semanas que habían salido de Tarrazú y deseaban regresar, con mayor motivo si pudieran llevarse al joven Copey, objeto único de su largo viaje.

El Delfín les manifestó: que no podía enviarlo en ese momento; pero que invitaba al Cacique de la Sierra para que viniese a las fiestas del río Diríá, donde le entregaría a Copey y que posiblemente le aguardarían mayores sorpresas agradables; que en el caso de no poder venir, por su avanzada edad, enviase una delegación, a la cual se atendería de igual manera; que con respecto a Copey, debían estar tranquilos, en la seguridad de que gozaría siempre de las mayores atenciones.